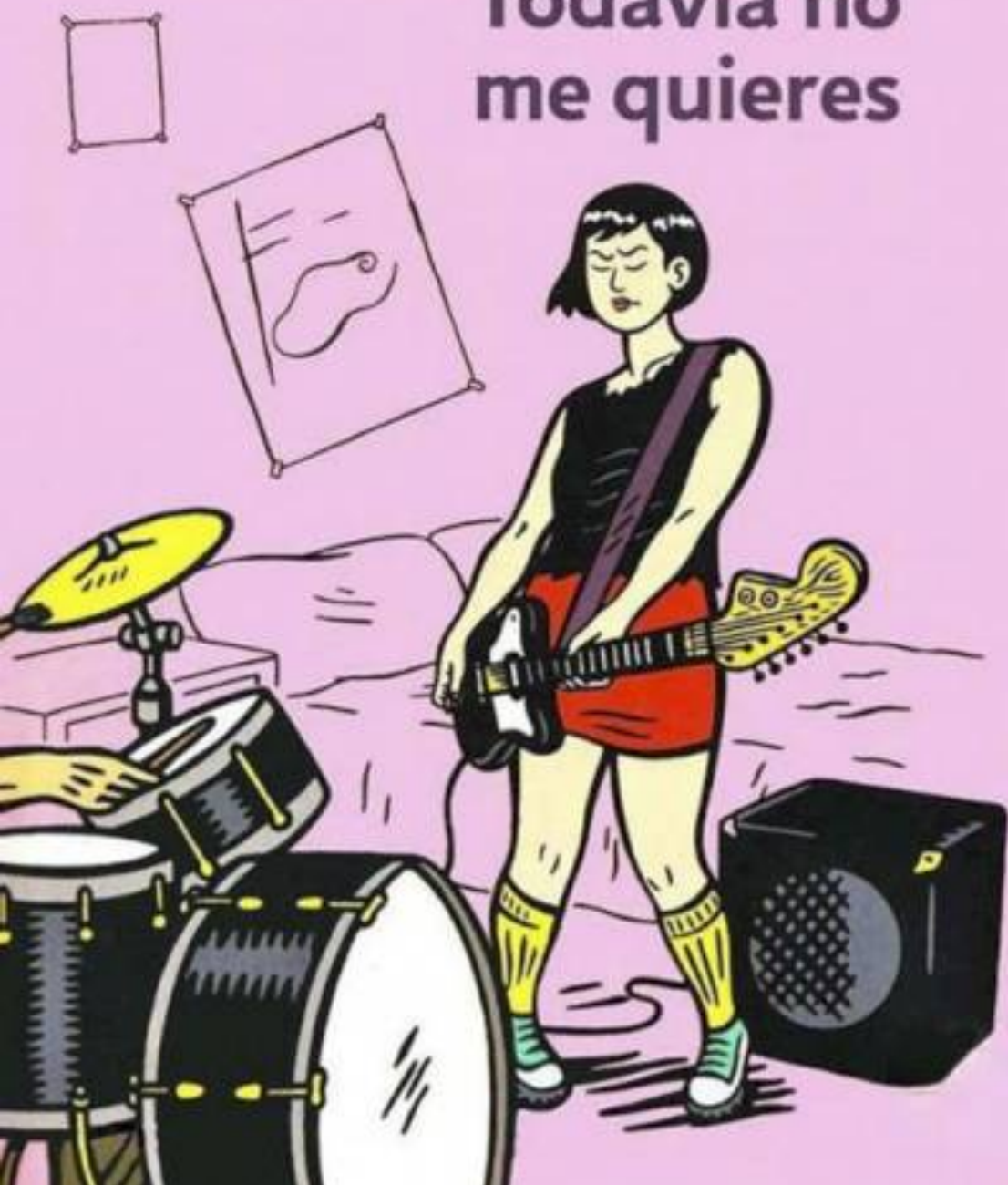


**JONATHAN
LETHEM**

**Todavía no
me quieres**



Jonathan Lethem recrea las peripecias de una banda indie de escaso éxito en Los Ángeles. Lucinda, la bajista del grupo, trabaja en una oficina de reclamaciones. El trabajo es muy aburrido, pero hay un cliente que tras varias llamadas acaba seduciéndola con sus brillantes reflexiones subidas de tono. Matthew, el cantante de la banda, vive obsesionado por la tristeza de una canguro del zoo y está a punto de tomar una decisión desesperada. Bedwin, el genio apocado del grupo, sufre un bloqueo creativo que le impide escribir nuevas canciones y cree que la solución se encuentra en algún fotograma de Deseos humanos. Y Denise, que es el alma del grupo, está decidida a hacer lo que sea necesario para que la banda salga adelante. Un buen día, en un ensayo, Lucinda improvisa unas frases inconexas: el germen de una canción. Cuando Bedwin las transforma en un tema de éxito, el grupo salta a la fama.

Pero esto solo traerá más problemas. Del autor de *Huérfanos de Brooklyn* llega esta divertida novela rebosante de sexo, música y humor.

1

Q uedaron en el museo para ponerle fin. Lucinda Hoekke y Matthew Plangent estaban seguros de que allí, deambulando por salas altas e insulsas llenas de arte conceptual, solos una tarde de jueves, no se sentirían tentados de hacer algo más que hablar. Además, conducir por el cañón de plazas vacías del centro de Los Angeles daba el toque solemne e irrevocable adecuado. El plan consistía en no cortar como amigos ni compañeros de grupo, solo como amantes.

Lucinda le vio primero. Obviamente Matthew, un vegetariano alto y desnutrido, era guapo, al estilo de los cantantes solistas de un grupo. Iba vestido como cuando trabajaba en el zoológico o ensayaba con la banda, suéter negro de cuello alto, vaqueros y botas de ante immaculadas que Lucinda sabía que guardaba en la taquilla cuando entraba en las jaulas de los animales. Era de suponer que esa tarde le habrían excusado de sus obligaciones veterinarias o tal vez fuera su día libre. Durante los últimos cuatro años Lucinda había servido cafés y fregado platos en The Coffee Chairs, pero había dejado el trabajo el día antes como parte del programa de cambios que incluía también la ruptura definitiva con Matthew. A cambio, para pagar el alquiler había acordado trabajar en la galería de su amigo Falmouth Strand.

De camino al museo Lucinda se había detenido frente a dos heroicos pilares de neón que flanqueaban una puerta y no había visto más que versiones de sí misma con Matthew: discretos, decididos, radiantes. Ahora, al ver a Matthew,

sintió que se le aceleraba el pulso y perdía el equilibrio. Matthew contemplaba con recelo un monitor de televisión instalado en un frontón blanco, algún ejemplo de videoarte. Quizá para él, como para ella, todo el contenido del museo había quedado reducido a una alegoría del dilema de ambos. Agotada ya del atractivo de la belleza de Matthew, de su intensidad desaliñada y sus miembros enjutos, Lucinda estaba dispuesta a enviar a Matthew y su encanto a paseo.

Se situó silenciosamente a su lado. A los dos se les erizó el vello de los brazos. Vagaron como zombis por la exposición, titubeando largo rato frente a un par de pelotas de baloncesto que flotaban perfectamente suspendidas en el centro de un tanque de cristal lleno de agua.

—Lo que ocurre es que lo hemos hecho tantas veces que se nos da demasiado bien.

Matthew no apartó la mirada del tanque.

—Te refieres a que no hay nada que decir.

—Sí, pero tampoco nos creemos que vaya en serio porque después hemos vuelto juntos muchas veces. Tenemos que marcar la diferencia de esta vez con las anteriores.

—Esta vez va en serio, Lucinda.

—Por otro lado, la ventaja de haber roto tantas veces es que sabemos que todavía nos gustamos, así que no tenemos que preocuparnos de si seguiremos siendo amigos.

—Sí.

—El grupo seguirá bien.

—Sí.

—Si apenas nos dirigiésemos la palabra confundiríamos a Denise y Bedwin.

—No podemos dejar que el grupo se preocupe por nosotros. Bedwin ya es bastante frágil.

—Sí.

—¿Ocurre algo?

—No es nada, solo una crisis con uno de los canguros del zoo, nada más.

—¿Ahora estás pensando en un canguro?

—Es solo que me gustaría estar en un lugar más privado para poder abrazarte y tal vez besarte un poquito. —Paseó fugazmente su mirada de ojos negros y afligidos por Lucinda, como si le persiguieran—. Me siento como si ni siquiera pudiera mirarte.

—Yo me siento igual, pero se trata de eso. Tenemos que parar, cambiar de costumbres.

—Debería dejar de desayunar en The Coffee Chairs.

—Puedes ir al The Coffee Chairs cuanto quieras. Me despedí ayer.

—¿En serio?

—Voy a trabajar para Falmouth.

A Matthew no le gustaba Falmouth. Lucinda y Falmouth habían salido juntos, brevemente, en la universidad. Matthew siempre había tenido celos de Falmouth por mucho que lo negara.

—¿Cómo? ¿Haciendo qué?

—Me ha ofrecido trabajo en una especie de pieza teatral que está montando. Una oficina falsa con trabajadores falsos para contestar a llamadas telefónicas de verdad.

—Llamadas ¿de quién?

—No lo sé. Una línea de atención de quejas.

—No lo entiendo.

—Ni yo, todavía. Pero Falmouth me lo aclarará. A propósito, tiene una pieza expuesta aquí en alguna parte. Me la enseñó una vez.

—¿Por eso estamos aquí? ¿Por Falmouth?

—¿De qué hablas?

—¿Intentas decirme que vas a salir con Falmouth?

—Nunca podría volver con Falmouth. Pensaba que me conocías. La mayor parte del tiempo no estará en la galería, por eso me ha contratado. Vamos, por aquí.

Lucinda le arrastró de la mano a través de pasillos empobrecidos, salas blancas apenas ornamentadas salvo por siete minúsculas pirámides de germen de trigo.

—Aquí, esta es la obra de Falmouth.

El objeto de Falmouth estaba plantado de cualquier modo en mitad de un corredor, aparentemente exiliado. Un cajón o un cubo blanco. Matthew lo rodeó con aire escéptico.

—Esta caja blanca representa todo lo que no soporto de todo lo contemporáneo.

—No, espera, mira, no es una caja.

Matthew leyó en voz alta la etiqueta que identificaba la obra de arte, situada en la pared de enfrente.

—«*Cámara que contiene una representación volumétrica del número de horas que me costó dar con esta idea, materiales mixtos, mil novecientos ochenta y ocho*».

—Mira, tiene una puerta.

—No sé si deberías...

—Es de Falmouth, no te preocupes.

—Eh, es una habitación.

—¿Ves? ¿Para qué iba a meter todo eso ahí dentro sino para que lo veamos?

—Es muy típico de Falmouth esconder lo mejor.

—Me pregunto si habrá algo de beber en la nevera.

—Tendría que ser como las bebidas de los aviones, en botellines pequeños.

—Descubrámoslo.

Matthew la cogió de la cintura y la guió a través de la pequeña entrada a la cámara.

—Deprisa —le dijo—. Antes de que venga alguien.

Dentro, Lucinda se agachó y se sentó en la cama tamaño trineo. Luego cogió a Matthew de la mano y lo atrajo hacia su regazo.

—Cierra la puerta. Corre.

Deslizó la mano por las caderas de Matthew hasta la cinturilla de los vaqueros blanqueados y deshilachados. Matthew no llevaba ropa interior. Su suave ombligo se escondió al contacto de los dedos de Lucinda.

—Espera...

—Bésame.

—¿La puerta tiene cerrojo?

—¿Qué más da? No hay nadie más, somos los únicos visitantes del museo.

Lucinda se sujetó a los pequeños postes de la cama mientras Matthew le arrugaba los vaqueros por debajo de las rodillas. Lucinda mandó la nevera hasta un rincón de la habitación con los dedos de los pies, pero no tenía otro sitio para poner la pierna. Matthew arqueó la espalda muy abajo para no golpear el techo. Lucinda le besó en el cuello.

—La última vez —consiguió decir ella.

—Por supuesto.

—De verdad. Tiene que ser de verdad.

—Es de verdad.

—El grupo. No podemos fastidiar el grupo...

—Y no lo haremos. Ni notarán la diferencia, seremos solo amigos y el grupo irá estupendamente.

—Solo amigos, Matthew...

—Sí...

2

Con las mujeres mantengo cierto tipo de conversación —se quejó la voz—. Digo lo que pienso sobre el amor y el sexo y bla, bla, bla, me he oído miles de veces. Pero pese a lo normal que a mí me resulta (me refiero a esa franqueza) siempre parece que a ellas es la primera vez en la vida que les hablan así.

—Eso no tiene nada de raro —sugirió Lucinda—. Tú estás acostumbrado, pero sorprendes a los demás.

—Sorprender sería una cosa. Pero yo cambio a los demás. Afecto a la gente. A las mujeres. A ellas les pasa algo, pero a mí nada. El efecto que ejerzo sobre las mujeres confirma la monotonía de mi vida. Ellas siempre cambian. Tal vez si conociera a alguien que no se sorprendiera me pasaría algo nuevo.

—¿Te refieres a enamorarte?

Quizá su interlocutor era solo un seductor aburrido, impresionado por su propia indiferencia.

—Bueno, me he enamorado.

Lucinda se colocó el teléfono en el hombro y se estiró a un lado para atisbar más allá del borde del cubículo. Falmouth no estaba en la recepción de la galería. Notó el olor de la cafetera, el fuerte aroma de los posos que empezaban a carbonizarse. Fuera, pasaban coches. A las cuatro de la tarde en Sunset Boulevard el sol lucía tan pálido y silíceo como la luz de la mañana. Los cubículos de los lados estaban vacíos. La oficina era poco más que unos cuantos cubículos de biblioteca que los carpinteros de Falmouth habían unido y pintado de gris.

El bloc de notas amarillo de Lucinda estaba vacío. Lucinda alzó el bolígrafo y fingió escribir en el aire.

—Cuéntame —dijo.

—Verás —contestó su interlocutor—. Me enamoro cada cinco minutos. Es posible que ya esté medio enamorado de ti.

—No eres el primero que llama a esta línea y me dice lo mismo.

—El amor está en todas partes.

—Se supone que debería estar anotando tus quejas —le recordó Lucinda.

—Vale, de acuerdo. Bueno, hoy podría quejarme de lo que ocurre cuando me enamoro. Aunque intento no volver a enamorarme. Hace que no se me dé bien estar donde estoy.

—No lo entiendo.

—Si me enamorara de ti, cuando colgáramos el teléfono me quedaría atrapado a medio camino. Descolgado del tiempo y el espacio, mitad aquí y mitad allí. Y ni siquiera sé dónde es allí. Mientras que ahora, si colgamos, no pasa nada. Estoy donde estoy, como prefieren los budistas.

—Y no queremos que los budistas se enfaden.

—Los pequeños budistas que llevamos dentro, esos son los que me preocupan.

—Pero todavía no me has contado lo que ocurre cuando te enamoras. Solo que quieres evitarlo.

—Mis ojos te destruyen.

—¿Qué?

—Sufro una afección llamada ojos monstruosos. Encuentro algo que no me gusta y se vuelve enorme, se convierte en el mundo entero. Una vez me pasó con las uñas de una mujer. Empezaron a parecerme demasiado raras, cortas y gruesas y ya no pude pensar en nada más. Intenté animarla a arreglarse las cutículas, a retirarlas... ¿Te doy asco?

—No.

—Me dije que si se cuidaba las manos volvería a adorarla. Pero en realidad había otros detalles de su voz y su personalidad y del modo en que follaba esperando para ocupar el lugar de las uñas. Yo ya había empezado a erosionarla y degradarla en mi mente. Con mis ojos monstruosos.

Sosteniendo el boli como una tiza Lucinda escribió en mayúsculas: O-J-O-S M-O-N-S-T-R-U-O-S-O-S.

—De modo que —continuó el hombre— a veces creo que lo mejor que puedo hacer por alguien es mantenerlo lejos de mi vista. Como quien mantiene a un lobo alejado de la luz de la luna.

—Te refieres a un hombre lobo —corrigió Lucinda.

—Bueno, si no se expone a la luna no tiene que llegar a esos extremos.

—Pero hasta que ve la luna, ¿acaso un hombre lobo no es hombre en lugar de lobo? De todos modos, el peligro de que un hombre lobo vea la luna no es para él...

—Ni para la luna.

Frustrada, Lucinda dibujó un hombre lobo esquemático en el bloc; una cara sonriente bordeada de pelos serpenteantes. Lo que parecían patillas de hippy ganaron fiereza cuando las prolongó hasta casi los ojos.

—La cuestión con los hombres lobo es que emerge algo repulsivo que estaba escondido —dijo Lucinda—. Pero la culpa no es de la persona que lo ve. Quizá simplemente la chica tuviera las manos feas...

Lucinda se giró y descubrió a Falmouth mirando con ceño fruncido las mayúsculas y el hombre lobo con cara de bollo del bloc color canario. ¿Desde dónde la había acechado? Falmouth giró la muñeca para mostrarle el reloj, luego señaló el teléfono, donde parpadeaba un botón cuadrado de plástico rojo traslúcido. Otra queja esperaba atención. Lucinda se encogió de hombros con gesto culpable.

—Lo lamento, señor, se nos ha acabado el tiempo —le dijo al hombre que había llamado.

- Dime cómo te llamas —pidió él.
- Sabe que no puedo hacerlo, señor.
- De acuerdo, volveré a llamar mañana.

—Está en su derecho —dijo Lucinda al teléfono. Era una de las respuestas genéricas que Falmouth había preparado para ella y el resto de las personas que atendían las quejas. Lucinda colgó sin esperar contestación y respondió a la siguiente llamada.

* * *

- ¿Con quién estabas hablando cuando he entrado?
- ¿Con quién va a ser? Uno que tenía una queja.
- Pues parecía que le conocías.
- El hombre tenía mucho que contar.

No era mentira. El día anterior también había tenido mucho que contar. Lo que Lucinda no comentó fue que llevaba una semana llamando a diario.

Lucinda y Falmouth estaban sentados en sillas de plástico blanco en la acera de Sunset Boulevard, a la sombra del patio del Siete Mares. Falmouth, de cara al oeste, bizqueaba frente al sol en declive del mes de abril. Habían salido de la galería Strand para cenar temprano después de que llegaran las dos chicas de prácticas que se ocuparían de atender el teléfono. Falmouth había seleccionado a las confiadas y aterradoramente jóvenes telefonistas entre sus estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, donde daba clases sobre instalaciones artísticas. Para su galería, un escaparate dedicado exclusivamente a sus espectáculos, Falmouth solo contrataba mujeres. Las llamadas se habían multiplicado como setas a medida que había corrido la voz por Los Angeles gracias a unas pegatinas naranja chillón que anunciaban «¿Alguna queja? Llame al 213 799 4502» y que las chicas de prácticas habían pegado en las cabinas de restaurantes, coctelerías y vestíbulos de hotel.

Frente a ellos descansaban dos platos estropeados de tacos de pescado sobre un mantel cubierto de restos de col y manchas de salsa de tomate y nata agria. Sin embargo Falmouth se mantenía imaculado e impecable con su elegante traje marrón de piel de tiburón y su corbata *vintage*. Había empezado a vestir trajes sastre, zapatos enlustrados y corbatas de seda cuando Lucinda y él estaban en el último año de carrera. El resto de sus amistades llevaban vaqueros y camisetas, entonces y ahora. Los trajes debutaron en la misma época en que a Falmouth empezó a caérs-ele el pelo. Lucinda recordaba con dolor los mechones que habían adornado las orejas y el cuello de Falmouth, tapándole los cuellos de las camisas incluso cuando la desnudez de la cima se expandió, manifiesta, innegable, ridícula. La relación de Lucinda y Falmouth había terminado justo antes de que él empezara a afeitarse la cabeza. La primera obra de arte de Falmouth y la más conseguida era él mismo, instalado en la gran galería del mundo.

—No pierdas el control de las conversaciones, Lucinda. No empieces a pensar que la línea de atención ofrece un servicio real. Mañana vienen a entrevistarnos del *Echo Park Annoyance*. Deberíamos parecer algo institucional. Como si grabáramos las quejas con fines altruistas o científicos y sin embargo no pudieran importarnos menos las preocupaciones de los que llaman. No es una línea de amigos sofisticada.

Lucinda reconoció el parloteo de Falmouth como un síntoma.

—Estás nervioso por la entrevista.

—Tú muéstrate desapasionada —contestó Falmouth desestimando el apoyo de Lucinda—. La pieza necesita cierto lustre.

—A algunos hombres les excita hablar por teléfono con una mujer, Falmouth. No estás teniendo en cuenta ese efecto de estimulación. Me llaman perversos.

—Te equivocas. He tenido presente la excitación. Cuando atiendes una queja debes sonar como una enfermera guapa. Paciente, pero ligeramente aburrída. Como si vistieras un uniforme que solo te quitarás después de concluida la conversación, nunca mientras dure. Como si tuvieras una vida de verdad en otra parte.

Falmouth se volvió y miró con ojos como platos a una vieja cargada con bolsas de la compra que se detuvo en la acera a escucharlo. La mujer negó con la cabeza y siguió caminando con paso lento y cansado. Falmouth ahuecó las manos como si la empujara por el culo para meterle prisa.

—Pues quizá deberías haber contratado a alguien que de verdad tenga una vida en otra parte.

—¿Nadie te ha explicado que la autocompasión mina la fuerza del sarcasmo? Elige una cosa o la otra, pero solo una.

Lucinda embadurnó el plato manchado, recogiendo restos de pescado y col, chupándose los dedos. Falmouth suspiró, decepcionado porque Lucinda no parecía dispuesta a meterse con él.

—Falmouth, ¿cuando salíamos estabas enamorado de mí?

Él se estremeció.

—Supongo. Entonces lo parecía, ¿no? ¿Quieres un cigarrillo?

—Quizá solo parecías enamorado. Suponer, parecer, aparentar, detesto esas palabras.

—¿A qué viene hablar de eso ahora?

—Por nada, es solo que un día querría estar enamorada sin suponerlo, parecerlo o aparentarlo.

—¿Quieres enamorarte? ¿O quieres que alguien se enamore de ti? Las dos cosas no pueden ser, es como mezclar la autocompasión y el sarcasmo. ¿Alguna novedad con Matthew?

La melancolía del crepúsculo había tomado el boulevard. Falmouth parecía cansado. Le inquietaba la pieza so-

bre las quejas. Y estaba mayor. Todos estaban haciéndose mayores.

—Hemos roto —dijo Lucinda—. Le veré esta noche. En el ensayo.

—De modo que sois amigos.

—Matthew es demasiado afable para ser enemigo de nadie. Y nos negamos a separar el grupo. Así que nos toca ser infelices.

—*Voilà*. El amor.

—Yo quiero una pasión real, verdadera y clara, sin miserias ni tinieblas.

—Subestimas el valor de la inercia y la consternación. — Falmouth llevaba un rato dormitando, siguiendo la conversación sin interés. Pero ese momento captó su atención—. La tristeza es mucho mejor que la felicidad. Es una suerte que toquéis en el mismo grupo.

—Que seamos igual de infelices que una gran banda de rock no significa que el grupo no sea una mierda.

—Estás siendo demasiado dura. La mayoría de las bandas de rock no solo son infelices sino que, si escuchas bien, descubrirás que también son una mierda.

—Nunca has tenido ni idea de música, Falmouth.

—No, nunca. ¿Un cigarrillo?

* * *

La banda a duras penas cabía en el local de ensayo, antiguo salón de la batería Denise Urban que ahora tenía el suelo forrado con tres capas de moqueta y las ventanas cubiertas con colchas para aislar los sonidos del grupo de los irritados vecinos. Denise, musculosa y casi sin pechos bajo una sucinta camiseta blanca y con los ojos azules medio tapados por el teñidísimo flequillo, mantenía el equilibrio sobre un taburete embutido entre su instrumento y la puerta cristalera del dormitorio. Sobre un sofá de raído algodón a

cuadros situado bajo varios estantes combados por el peso se sentaba Bedwin Greenish, guitarra solista, letrista y arreglista. Bedwin vestía camisas de tela escocesa abotonadas hasta arriba y se cortaba él mismo el pelo con unas tijeras de niño. Se encorbaba sobre su guitarra eléctrica negra con las piernas vestidas de pana cruzadas, balanceando un pie con calzado deportivo y con la cabeza tan gacha que las gafas le rozaban los dedos, que trabajaban sobre los trastes en silencio.

Matthew estaba de pie en el centro de la habitación, apoyado en el pie del micro de espaldas a la batería y con una guitarra acústica que no tocaba colgada del hombro. Matthew solo se sabía algunos acordes rudimentarios, sus rasgueos no eran esenciales para el sonido de la banda. Se giró y contempló sin intención de ayudar cómo Lucinda, que llegaba tarde, intentaba meter una enorme funda rígida por la puerta de la cocina. Reinaba el silencio suficiente para oír a Bedwin tararear las notas de un solo imaginario.

—Hola —saludó Lucinda.

—Hola —contestó Denise.

—¿Hum? —dijo Bedwin.

Matthew la saludó con la cabeza mientras Lucinda ocupaba su lugar de costumbre a su izquierda. Una posición de bajista, pivote entre la batería y el cantante, el único músico capaz de absorber las reacciones de todos los demás. Además quedaría de cara a Bedwin si este levantase alguna vez la cabeza. Pero ahora se adaptó a la presencia de Matthew, a sus delicados ojos tan decididos a no mirar en su dirección. Lucinda notó una suerte de impresión cálida del contorno de Matthew en el lado del cuerpo que daba al cantante.

La sensación, agradable o no, resultaba lo bastante familiar para pasarla por alto. Lucinda enchufó el instrumento y afinó.

—Que alguien me dé un sol.